

Luna en sus catorze, à la mano de Dios, y denfe. Agradeciò el de la blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorrey la licencia que se le dava, y Don Quixote hizo lo mesmo; el qual encomendàndose al Cielo de todo corazón, y à su Dulcinèa (como tenia de costumbre al comenzar de las batallas, que se le ofrecian) tornò à tomàr otro poco mas del campo, porque viò, que fu contrario hazia lo mismo; y sin tocàr trompeta, ni otro instrumento belico, que les dieffe señal de arremetèr, bolvièron entrambos à un mismo punto las riendas à sus Cavallos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrera, y alli le encontrò con tan poderòsa fuèrça sin tocàrle con la lança (que la levantò al parecer de proposito) que diò con Rozinante, y con Don Quixote por el suelo una peligròsa caída. Fuè luego sobre el, y poniéndole la lança sobre la visera, le dixo: vencido soys, Cavallero, y aun muerto, fino confesàys las condiciones de nuestro desafio. Don Quixote, molido, y aturdido, sin alçarse la visera, como si hablàra dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma dixo: Dulcinèa del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra; y no es bien, que mi flaqueza defraude esta verdàd. Aprieta, Cavallero, la lança, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eflo no harè yo por cierto, dixo el de la blanca Luna: Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la Señora Dulcinèa del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su lugar un año, ò hasta el tiempo, que por mi le fuere mandado, como